

María, no encontrando gusto en su trato. En tanto que de este modo se iba apartando del camino de la verdad, la Madre de Dios redoblaba sus esfuerzos por atraerle, amonestándole como á hijo amado con suavidad y fuerza de razones. A su vez trabajaba el demonio por tomar entera posesion de su corazon, haciéndose cada dia mas triste y lamentable la situacion del débil y miserable apóstol. Los consejos y amonestaciones de María, le fuéron primero indiferentes y luego objeto de desprecio por mas que con afectada hipocresía tratase de disimularlo. De este modo perdió la gracia, é indignado el Señor le dejó en manos de su consejo, porque él mismo desviándose de la gracia é intercesion de María Santísima, cerró las puertas de la misericordia. Del aborrecimiento que tomó á la Santísima Virgen, pasó á aborrecer tambien al divino Maestro y á indignarse contra él, disgustándose de su doctrina y teniendo por muy pesada la vida del Apostolado.

Grande era la afliccion de la Virgen María por la situacion en que se hallaba aquel infiel apóstol, al cual le ofreció alcanzarle el perdón de su Santísimo Hijo, ofreciéndole de parte del mismo Señor la misericordia, y de la suya que le acompañaria y rogaria por él, queriendo tan solamente que se doliese de sus pecados y se enmendase. La conciencia, ese juez que continuamente acompaña al hombre y le avisa cuando se coloca al borde del precipicio, ponía tambien á Judas delante de los ojos la gravedad de su pecado: pero él temió la confusion por la que tanta gloria podia haber adquirido, y así cerró sus oídos tanto á los consejos de la Virgen como á los llamamientos de la conciencia. Sin embargo, no se aparta de la compañía de los Apóstoles, y para no ser molestado con nuevos consejos protesta con falsas palabras que amaba á su Maestro y á María y que

no tenia en esto que enmendarse, y aquí hemos de admirar el notable ejemplo de caridad que Jesús y María nos dejaron, pues que viendo la caída de Judas le toleraron en su compañía y lejos de repelerle, continuaron tratándole con el mismo agrado que antes lo habian hecho, y esto de tal modo, que por mas que los Apóstoles sospechasen algo de su caída, como veian la afabilidad y amor con que era tratado por Cristo Señor nuestro y su Santísima Madre, trataban de disipar tales sospechas. Así veremos despues que cuando en la cena legal dijo el Señor que uno de ellos le habia de entregar, cada uno preguntaba de si era él. Prueba de que ni una palabra habian dicho á los Apóstoles ni Jesús ni su Madre acerca del estado de Judas y de la traicion proyectada. Veamos qué reflexiones útiles podemos sacar de estas esplicaciones que nos ha dado la venerable historiadora de Agreda.

En primer lugar hemos visto que apenas Judas se refrió en su amor á la Santísima Virgen, empezó á saltar de precipicio en precipicio, hasta que vino á caer en el mayor de todos como veremos mas adelante. Así como la devocion de la Madre de Dios es signo de predestinacion, como dicen algunos Padres, así tambien el que de esta Señora se separa camina sin brújula por medio del borrascoso mar de las pasiones, hasta ser ahogado por las encrespadas olas del pecado. ¿Cómo ha de alcanzar la gracia ni la misericordia, el que vuelve las espaldas á la que es Madre de la misma misericordia? ¿Cómo podrá tener á Dios propicio, el que no ama á su Madre? Se endureció el corazon de Judas convirtiéndose en campo estéril donde no produjo fruto el saludable rocío de la palabra de Dios, desde el instante mismo en que se apartó de María. Ojalá sirviese este ejemplo á todos los cristianos para que llegasen á persuadirse de cuán bené-

fica es la devoción de la Madre de nuestro Dios. Es imposible, dice un Padre, que perezca el de votode María. ¡Expresión consoladora que hace rebosar el corazón en las más dulces expansiones de amor y de esperanza!

Otra lección no menos elocuente é importante encontramos en la amabilidad y afecto con que así el Salvador como su Madre Santísima trataban á Judas no obstante conocer la perfidia de su corazón, y el crimen que había de llevar á cabo, y en el secreto que sobre este punto guardaron no revelando á ninguno de los otros Apóstoles el interior de tan ingrato discípulo. ¡Ejemplo admirable de caridad! No así obran por lo común los hombres: la más mínima injuria se pretende lavar con sangre y la falta más leve se hace pública. Olvida el hombre que con la medida que midiere ha de ser medido, y que será juzgado con el juicio que hace de los prógimos. Tenga pues entendido todo aquel que no sea indiferente á su suerte futura, que la Religión se funda en la caridad: que en vano será practicar todas las virtudes sino se labran sobre el sólido cimiento de la caridad, que es la virtud reina y señora de todas las demás. Dios es caridad: el que permanece en caridad, permanece en Dios y Dios en él. Doctrina evangélica que grabada en nuestros corazones y practicada con exactitud labrará seguramente nuestra suerte en el tiempo y nuestra corona en la eternidad.

Se acercaban á pasos agigantados los días en que Jesucristo debía entregarse en manos de sus enemigos, los cuales le habían de azotar y escarnecer, y por último le habían de quitar la vida en el patíbulo de los criminales. Antes quiso confirmar á sus Apóstoles en la fe, y para esto deter-

¹ Deus charitas est: et qui manet in charitate in Deo manet, et Deus in eo. Joan. IV, v. 16.

minó Transfigurarse en presencia de los tres más privilegiados. Pedro, Santiago y Juan subieron á lo alto del Tabor, mientras que los demás Apóstoles quedaron al pié de la Montaña. Jesucristo se presentó á sus ojos de un modo diverso del que siempre le habían visto. Su rostro estaba brillante como el sol, y sus vestiduras blancas como la nieve. Elías y Moisés aparecieron hablando con él, y entonces se dejó oír la voz del Eterno Padre que decía: *Este es mi Hijo muy amado en el que yo tengo mi complacencia*: oídle ¹. No dice ninguno de los tres Evangelistas San Mateo, San Marcos y San Lucas, que este suceso refieren, que la Virgen María se hallase presente á la Transfiguración, pero tampoco la niegan, y es de suponer que pues á ninguna criatura concedió el Señor mayores privilegios y gracias que á su Madre, que esta Señora disfrutaria la dicha de ver como los privilegiados Apóstoles el trasunto de la celestial Jerusalén presentado en la cumbre del Tabor. La V. Agreda lo tiene por indudable, y según la inteligencia que dice habersele dado para escribir la obra que tantas veces nos ha servido de guía en aquellas cosas de las que nada nos dice el Evangelio, afirma que «la divina Señora al mismo tiempo que algunos ángeles fueron á traer el alma de Moisés y á Elías de donde estaban, fué llevada por manos de sus santos ángeles al monte Tabor para que viese transfigurado á su Hijo Santísimo, como sin duda le vió. Aunque no fué necesario confortar en la fe á la Madre Santísima, como á los Apóstoles, porque en ella estaba confirmada é invencible. Pero tuvo el Señor muchos fines en esta maravilla de la Transfiguración; y en la Madre Santísima había otras razones particulares, para no celebrar Cristo nuestro Reden-

¹ Math. XVII.-Marc. IX.-Luc. IX.

tor tan gran misterio sin su presencia. Y lo que en los Apóstoles era gracia, en la Reina y Madre era como debido, por compañera y coadjutora de las obras de la Redención y lo había de ser hasta la Cruz, y convenia confortarla con este favor para los tormentos que su alma santísima había de padecer; y que habiendo de quedar por Maestro de la Iglesia Santa, fuese testigo de este Misterio, y no le ocultase su Hijo Santísimo lo que tan fácilmente le podía manifestar; pues le hacía patentes todas las operaciones de su alma santísima. Ni era el amor del Hijo para la divina Madre de condicion, que le negase este favor cuando ninguno dejó de hacer con ella, de los que manifestaban amarla con tiernísimo afecto, y para la gran reina era escelencia y dignidad. Por estas razones y otras muchas que no es necesario referir ahora, concluye la citada escritora, se me ha dado á entender, que María Santísima asistió á la Transfiguracion de su Hijo Santísimo y Redentor nuestro ¹.»

Siendo esto así, imposible es á la menguada inteligencia humana comprender los efectos que en el alma de la Santísima Virgen, causaria la vista de su Hijo rodeado de los resplandores de la divinidad. Verdad es que no necesitaba ser confirmada en la fe, pues que ella la tenía profundamente arraigada en su corazón, y sin necesidad de que presenciase la Transfiguracion, creía firmemente que su Hijo era un Dios con el Padre y el Espíritu Santo en unidad de Esencia y trinidad de Personas, pero sin embargo si asistió á la maravilla del Tabor, aquel día fué uno de los mas felices de su vida. La voz del Eterno Padre que magestuosamente resonó reconociendo á Jesus como Hijo suyo en el que tenía sus complacencias,

¹ Obra citada. Parte II, Lib. VI, Cap. VI.

penetraria hasta el fondo de su corazón: entonces rendiria fervorosa accion de gracias al Señor, porque siendo criatura le había dado por Hijo al que era eterno. El eco de su voz acompañaria á la de los santos ángeles que en aquellos instantes entonarian himnos sonoros en derredor del Salvador de la humanidad. Luego que la Transfiguracion se hubo verificado, seria restituida la Santísima Virgen á su casa de Nazareth, donde seguiria ocupada en los mas santos ejercicios, hasta que llegada la hora en la que Jesucristo debía empezar á padecer, volveria á su lado para emprender desde Nazareth el viaje á Jerusalem, donde habían de cumplirse todas las cosas que los Profetas habían escrito acerca del Hijo del hombre.

El que había descendido del cielo á la tierra por nosotros y nuestra salud, anhelaba por el momento de cumplir la altísima mision de redimir á la humanidad con sus tormentos y su muerte: las almas de los santos Padres que estaban en el seno de Abraham suspiraban por el día de su rescate, y este día tan repetidamente anunciado por los Profetas se acercaba. Jesus, pues, se resolvió á ir á la ciudad que llena de ingratitud y rebosando perfidia le había de sacrificar, y así acompañado de su Madre Santísima, de los Apóstoles y discípulos y también de las santas mujeres que solian acompañar á la Virgen María, emprendió el viaje, enviando delante de sí mensajeros. San Lucas al referir este viaje del Salvador á Jerusalem, nos da cuenta de un incidente que aunque no tenga relacion con la historia de la Santísima Virgen, pues pertenece á la de Jesucristo exclusivamente, queremos ocuparnos de él por lo que honra al Santo Patron de nuestra nacion española. Es como sigue:

Los samaritanos, es sabido que eran enemigos irreconciliables de los judíos, en tal término que ni aun se digna-

ban dirigirles la palabra, y así vemos en el Evangelio la estrañeza de la mujer de Samaría á la que Jesucristo pidió agua, en la fuente de Jacob, con el objeto de entrar en conversacion con ella y convertirla, como en efecto sucedió, que admirada de que le hablase, le dijo: ¿Cómo tú siendo judío me pides de beber á mí, que soy mujer samaritana? Pues bien, ahora los mensajeros, que como hemos dicho envió el Salvador delante de sí, entraron en una ciudad de samaritanos, con el objeto de prepararle posada, donde pudiese descansar de las fatigas del viaje. Pero en aquella ciudad se negaron á recibirle apenas fueron sabedores de que se dirigia á Jerusalem. Santiago y Juan indignados por esta repulsa salieron al encuentro del Maestro, y dándole cuenta de lo sucedido, añadieron ¿quieres que digamos que descienda fuego del cielo y los acabe? Verdad es que como antes hemos dicho, honra á Santiago como igualmente á San Juan este celo por el cual pedian castigo para aquellos que no querian recibir á Jesucristo: pero al fin era espíritu de venganza, y aquel que habia enseñado á volver bien por mal, y que terminantemente habia dicho á sus discípulos: *Amad á vuestros enemigos; haced bien á aquellos que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian*¹, lejos de aprobar la peticion de los dos Apóstoles los reprendió, diciéndoles: *No sabeis de que espíritu sois. El Hijo del hombre no ha venido á perder las almas, sino á salvarlas*. En efecto, aquella peticion era opuesta á la doctrina y á la mansedumbre evangélica, que mas tarde debian ellos predicar. Ya no debian estar animados del espíritu de la ley, cuya justicia consistia en dar ojo por ojo y diente

¹ Joan. cap. IV.

² Luc. IX, v. 52-54.

³ Math. V, 44.

por diente, sino del espíritu del Evangelio que es todo de bondad, de dulzura y de caridad, de aquel espíritu que hizo venir á Jesucristo al mundo, no para juzgarle, sino para salvarle. Así entienden los Espositores aquellas palabras que les dirige el Salvador: *No sabeis de que espíritu sois*.

El Señor con los que le acompañaban se dirigió á otra aldea, desde la cual siguió su viaje hácia la ciudad asesina de los Profetas, y autora que iba á ser de la muerte del Rey y Señor de todos los Profetas. Necesariamente antes de emprender el Salvador este viaje precursor de su sacrificio, participaria á su Madre el objeto que se proponia que era dar cumplimiento á la grande obra de la Redencion de la humanidad, puesto que no habia de reservar á su Madre lo que manifestó á los discípulos por estas palabras: «Mirad que vamos á Jerusalem, y allí serán cumplidas todas las cosas que escribieron los profetas del hijo del hombre, porque será entregado á los gentiles, y será escarnecido: y azotado y escupido, y despues que le azotaren le quitarán la vida, y él resucitará al tercero dia.» Este anuncio seria para la Santísima Virgen una cruel espada que de una á otra parte atravesaria su alma. Entonces se le presentaria en todo su imponente aspecto el lúgubre vaticinio que hacia cerca de treinta y tres años habia oido de labios de Simeon, y jamás habia podido apartar de su imaginacion. Empero llena de resignacion y conforme con la voluntad divina, preparóse á beber el cáliz de la amargura, sufriendo en su corazon quanto su divino Hijo en todos los miembros de su cuerpo. Tambien nosotros nos trasladaremos con la consideracion á la ciudad deicida, donde contemplaremos las acer-

¹ Luc. IX, 56.

² Luc. XVIII, v. 31-33.

bísimas penas y terribles dolores que hubo de sufrir la Redentora del Mundo y protectora de la humanidad. Mucho tenemos que admirar y no poco que aprender en la consideracion de los sucesos de que vamos á ocuparnos. Aflicciones y desgracias, sinsabores de gran tamaño, acibaran los dias de nuestra mísera existencia y continuamente nos hacen verter lágrimas de dolor y desconsuelo. Solo la fe, virtud sobrenatural y precioso don concedido por el Señor á las criaturas, es la que puede darnos fortaleza para sostenernos firmes y evitar el inminente naufragio que por doquier nos amenaza é intenta sumerjirnos en el abismo de la desesperacion. La meditacion atenta de los sucesos que van á ocuparnos, será una leccion que nos enseñará á sufrir con resignacion los trabajos de la vida, por mas que no puedan llegar ni con mucho á los que hubieron de experimentar por nuestro rescate el divino Salvador y su amorosísima Madre.

CAPITULO IV.

La calle de la Amargura.

No habia en Jerusalem, quien ignorase los grandes prodigios efectuados por Jesus de Nazareth. Su fama se habia estendido por los mismos á quienes habia generosamente favorecido. Los ciegos que al imperio de su voz habian recobrado la vista: los cojos que habian dejado de serlo; los paráliticos que andaban con agilidad y la multitud de enfermos á los que habia dado la salud, eran otros tantos clarines que anunciaban sin cesar y daban á conocer el poder de Jesucristo. Asi pues, apenas se supo en Jerusalem su llegada, acudieron muchos con la mayor presteza para recibirle con palmas y ramos de árboles. El Salvador sabia el recibimiento que le aguardaba, y quiso hacer su entrada del modo mas humilde, pues como Maestro del mundo queria enseñar á los hombres, que no deben engreirse con las honras mundanas, que son pasajeras como el humo. Cabalgaba sobre un asno, al cual habian cubierto con sus vestidos los discípulos. Apenas se dejó ver dentro de los muros de Jerusalem, resonaron entusiastas aclamaciones de la multitud que invadia las calles deseosa de verle. Hosanna al Hijo de David: bendito el que viene en el nombre del Señor: Hosanna en las alturas. Tales eran las aclamaciones generales, y tales las bendiciones que recibia el Hijo de Dios y de María. Ningun conquistador fué recibido con tanto júbilo en su patria, por mas que no pudiese sostener los